

AUDIOVISUALES MASIVOS E IMPUNIDAD¹

Gonzalo Abril

La información

Haga una prueba en Internet, introduzca en un campo de búsqueda el término «tortura», y en pocos minutos tendrá acceso a miles de denuncias en los más diversos lugares del planeta, sabrá de nombres y circunstancias de víctimas y victimarios, conocerá las direcciones electrónicas de cientos de asociaciones y organismos de derechos humanos de todo el mundo. Hasta podrá llegar a la conclusión ingenua de que con tanta gente vigilando, investigando y denunciando en tantos sitios interconectados, los derechos humanos están de buena racha.

Pero si usted no está haciendo una tesis sobre el asunto, si no es un/a activista que prepara alguna campaña, o alguien que desde alguna institución trata de coordinarse con otras involucradas en los mismos problemas, toda esa información le resultará tan inútil como el océano a un sediento.

¹ Este texto es una ampliación del leído en el Ateneo, el 23 de junio de 1999, con ocasión del *Día Internacional contra la tortura*, en las jornadas organizadas por la Asociación Contra la Tortura de Madrid y dentro de la mesa redonda «Los mecanismos de impunidad».

Sobre la tortura, como sobre la mayoría de los asuntos que conciernen a los derechos y libertades básicas, la información es a la vez abrumadora y nula. Su nulidad sigue siendo en demasiadas ocasiones el resultado del puro acallamiento, de la represión y la censura, pero la nulidad de la información hoy se deriva también de su carácter abrumador: es la nulidad por redundancia, por indiferencia, por pérdida inercial de sentido. O, como suele decirse, por saturación².

Una sociedad con grandes recursos informativos no es necesariamente una sociedad más democrática. Por el contrario, la distribución tan desigual de esos ingentes recursos en la llamada sociedad de la información está alimentando las desigualdades económica, jurídica, política y cultural, y favoreciendo, entre otras cosas, que se sustituyan los mecanismos democráticos del poder por un creciente control demoscópico sobre las poblaciones.

El implemento de bancos de datos de información genética, la intervención de las telecomunicaciones sin autorización judicial y otras actividades totalitarias que se están autorizando a la EURO-POL, ella misma una policía «informativa» excluida de todo control parlamentario nacional o europeo (como en esta misma sesión informa Endika Zulueta), complementan el ya ingente acopio privado de información supuestamente sensible, muchas veces con el consentimiento de personas de todo el mundo que nada parecen temer ya del control e incluso de la espectacularización de su intimidad (*Webcam*) y que convierten el *Show de Truman* en una fábula piadosa, nostálgica y hasta obsoleta sobre la pérdida de la realidad, o mejor, de las certidumbres y actitudes «naturales» de la vida cotidiana (Schutz) que sustenta(ba)n el sentido de la realidad.

Los supuestos sobre el significado de los límites de la privacidad (¿o de los límites, sin más?) que se expresan en estos comportamien-

² Sé que mis usos de «inercia» y «saturación» son imposturas científicas, Mr. Sokal, pero en este momento me preocupa menos la integridad del vocabulario científico que el posible poder comunicativo de mis palabras respecto a determinadas imposturas políticas.

Gonzalo Abril es profesor de Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid, autor de *Teoría General de la Información. Datos, relatos y ritos* (1997), *Presunciones* (1988) y coautor de *Análisis del discurso* (1982). Su trabajo de investigación y ensayo versa sobre las relaciones entre los fenómenos semióticos, comunicativos y culturales.

tos quedan muy lejos de aquel viejo derecho a la intimidad que fue definido en un contexto del sensorio social, de la visualidad y sus dispositivos, muy distinto del presente.

La pospropaganda

Muchos datos sólo aprovechables por unos pocos, que se orientan por criterios selectivos y estratégicos, esa es la naturaleza de la información que circula por las redes y se acumula en las bases de datos. En los medios de comunicación de masas ocurre justo al contrario: los destinatarios son muchos, desigualmente selectivos, aunque poco en general, y lo que se les ofrece es casi nada. O algo peor que nada: simulacros de información, placebos de información, ficciones o fricciones sensoriales legitimadas por el rótulo de información.

Lo que hoy ocurre con la información en los llamados medios audiovisuales masivos, la televisión y la radio, es una forma de perfidia totalitaria que instrumentaliza la ligereza, la jocosidad, el espectáculo, la diversión, el morbo y un sensacionalismo a perpetuidad. El viejo término «información» sigue utilizándose para dar cobertura y legitimidad a unas prácticas de control y de promoción de la conformidad que nada tienen ya que ver con gran parte de las prácticas periodísticas que se desarrollaron desde mediados del siglo pasado hasta, por aventurar un hito histórico, la guerra del Golfo³.

No se trata, exactamente, de propaganda, a no ser que demos a esta expresión un significado muy diferente del tradicional. Pues como estamos viendo respecto a la guerra que mantienen los Estados Unidos y varios estados europeos contra Yugoslavia, el masaje audiovisual de los telediarios no pretende movilizar, ni enardecer ni

³ Como he escrito en otro lugar, en la guerra del Golfo «la escenificación infográfica de los campos de batalla y de las acciones militares proponían una contextualización «fantasmagórica» ajena a las tradiciones del reporterismo de guerra (férreamente censurado en aquella ocasión); si en esta última práctica periodística prevalece aún el intento de proponer una *imagen* representativa y testimonial, en la edición infográfica predomina quizá la seducción del *ver* –hacerse, en “tiempo real”, la imagen ante nuestros ojos–. Al hilo de los acontecimientos se desplegó todo un imaginario tecnológico que, evocando a la vez la magia de los videojuegos y la precisión de las últimas armas, apoyaba la imposible verosimilitud de una «guerra electrónica» inocua, de una guerra virtual».

adoctrinar a las masas, como el mensaje de la propaganda clásica. Ésta es más bien una pospropaganda *ligh* que da friegas, tranquiliza, promociona la indiferencia y sumerge a la gente en ese estado que Rosa Luxemburgo denominaba una «embriaguez apropiada» a los intereses belicistas. Con la complicidad, incluso, de ese sector curioso, aburrido o cándido del público que se incorpora a las ondas en calidad de profesional no pagado de la opinión. Esto es exactamente lo que ocurre en los debates-basura de las mañanas radiofónicas, en los debates-espectáculo de la noche televisitaria, en todo ese cúmulo de *fast thinkin* y opinión-basura dispensado por la televisión única.

La televisión única

En este país asistimos, durante los días del ominoso secuestro que precedió al asesinato de Miguel Ángel Blanco, al pleno rendimiento de la máquina televisitaria, y hasta al desvelamiento involuntario, merced al logotipo común del lazo azul, de la inconfesable y última verdad de la *cadena única*. La televisión logró entonces la apoteosis de su magia escópica, de la capacidad de «representación» del pueblo como poder taumatúrgico y telequinésico de las imágenes, de la utopía del tiempo real y de la vida en directo que viene ejerciendo paciente y obstinadamente en su programación habitual.

En aquella ocasión, evidentemente, con la complicidad de ETA: la cuenta atrás establecida por ETA para la ejecución sumaria de la víctima activó las condiciones más favorables para la apoteosis del dispositivo televisitario. Su puesta en escena narrativa, su temporalización, engranaban a la perfección con la lógica de la producción televisiva normalizada. Precisamente por participar sumisa e irreflexivamente de ella, la acción estaba condenada al más estrepitoso fracaso mediático (y por ende político) del grupo armado y al más estruendoso éxito (igualmente político) de la televisión.

La naturaleza logró materializar en las imágenes de las manifestaciones multitudinarias el fantasma telequinésico de las grandes audiencias y la potencia mesmerística de la gran familia unida largamente ensayada en sus platós. Todo el país, ciudad a ciudad, pueblo a pueblo, proporcionó el estudio para el más extraordinario *reality show* de finales de siglo (al menos hasta los funerales de Lady Diana Spencer) y la televisión demostró definitivamente que ningún plató

le cae ya demasiado grande (los bombardeos de Bagdad, durante la guerra del Golfo, fueron una primera evidencia; los de Belgrado, la última hasta el momento). Y aún más, que la *videopolítica* no es un género aparte sino la síntesis misma, sin duda apolítica, de esa multiplicidad proteica de géneros que hace de la programación de cada una de las cadenas un solo programa, un programa *ómnibus*, y del conjunto de las cadenas una cadena única que segrega un ininterrumpido megatexto.

Todavía más, la televisión ratificó la continuidad inexorable entre la calle, el espacio mediático y el ámbito doméstico; entre los fantasmas colectivos, los imaginarios comerciales y las fantasías íntimas; entre el mundo sociopolítico y sus simulacros audiovisuales: la continuidad de la que la propia televisión es el principal agente y la más inmediata beneficiaria. Sólo la televisión puede asumir hoy día las utopías blandas del populismo: el triunfo de los buenos sentimientos y del sentido común, el retorno de cada quien a «su lugar», la procuración del desagravio moral, etc., porque hace años viene alimentándose de ellos como materia prima de su discurso y prodigándolos a lo largo y lo ancho de la parrilla: desde las telenovelas de los ochenta a los *reality shows* y *talk shows* de los noventa, sin olvidar todos y cada uno de sus telediarios.

El imperialismo cultural y otros circuitos

Como se percibe muy bien respecto a la «cruzada democrática» contra Yugoslavia, se han establecido ya marcos de interpretación conformados directamente por la cultura del imperio: la definición rudimentariamente étnica del conflicto de los Balcanes, modelada conforme a la cultura política del mal llamado *melting pot* estadounidense y ajena a toda otra consideración de la diferencia política y cultural; el orgullo de la superioridad performativa de la tecnología y la experticia; la vedetización y personalización en la figura de un malo único, etc. Maquiavelo o Gracián se morirían de amarga risa escuchando las muecas justificativas de nuestro becario en la Casa Blanca, Mr. Solana, por poner un ejemplo especialmente patético de colonización político-cultural.

Se nos imponen marcos interpretativos *à l'americaine*, que decía el cartero Hulot, pero también a la americana se masajean nuestros nervios, nuestros sentidos, nuestro sistema sinestésico. Quizá no

han podido con los paladares adultos de las etnias mediterráneas, que, según parece, se resisten aún al goce mitridático de la hamburguesa globalizada; pero van colonizando nuestra sensibilidad visual, nos van sumergiendo en las presentaciones televisonarias del mundo que se emiten desde los helicópteros de la policía sobre las grandes autopistas, desde los puestos de control de los sistemas de circuito cerrado. «Impacto TV», la serie «Cops», los astronautas también étnicos en su huevo volador, las imágenes del recluso propinándole una paliza a un guardia en una prisión estadounidense, las imágenes de los cinturones eléctricos utilizados por los agentes del gran estado democrático. Esa quincalla audiovisual, ese todo a cien de la imaginería videográfica, toda esa imagen-basura, componen hoy lo que aún siguen llamando información en la cadena única, y de ese desperdicio obsceno e insignificante, de toda esa cotorrería icónica se supone que tenemos que hablar en casa, en el trabajo, en esta misma reunión o en estas páginas.

Información de circuito cerrado, en el sentido técnico y literal, como en el caso de la paliza del preso al guardia, como en las imágenes del tráfico urbano en hora punta o de los atracos grabados *in situ*, visiones todas que la videovigilancia policial inficiona, a modo de metástasis, en el flujo televisonario de consumo masivo. Pero información de circuito cerrado también en un sentido más gravemente ontológico: el de un panóptico inverso, circundante, que le cierra a la mayoría de la sociedad todo afuera de la imagen, haciéndole a la vez imagen de sí misma. En esa clausura de la representación, el astronauta-feto-volador se hace alegoría de todo pionerismo cultural y político posible⁴.

La información del periodismo «de calidad» (la información representativa, la del reporterismo, la investigación, el análisis, etc.) todavía suponía la trascendencia y la solidez de una realidad no enteramente subsumible en lo visual. Hoy la realidad se agota, en tanto que se traduce íntegramente y a la vez se aniquila sin residuo ni alteridad, en la visualidad misma. En el límite el periodista desaparece, incluso, como mediador narrativo de las imágenes. Volve-

⁴ La reciente apoteosis del astronauta español, nuestro hombre en la NASA, a lo largo de los centros escolares de Madrid, no sólo puso de manifiesto la vigorosa recidiva del mistermashalismo y del cualquierismo hispánico, instituida previamente por nuestro hombre en la OTAN, sino también el extraordinario poder consensual de la videoficción galáctica.

mos a la guerra y al control policial: televigilancia, teledetección y telemática. Una vez impuestos los sistemas expertos de la telemática, informan mejor los militares o los policías que los periodistas. Y en esas condiciones impostar al militar o al policía es para los profesionales del periodismo visual el más seguro procedimiento de promoción. También, como veremos, saben impostar al chismoso insoportable, al delator y al emboscado.

Contra la experiencia

Información en circuito cerrado, pero también ficcionalización, es decir, pérdida de los límites entre lo real y lo imaginario, entre conocimiento y conmoción, entre vigilia y ensoñamiento. Los nuevos géneros de la televisión no pertenecen ya en exclusiva a alguno de los viejos dominios institucionalizados por la comunicación pública moderna: no son ni específicamente informativos, ni educativos, ni espectaculares, ni ficticios. Son, como se ha dicho, supergéneros, géneros totales, que se identifican con lo televisivo en general, con la televisión misma como experiencia cultural distintiva de la contemporaneidad.

Aunque no se trata de la experiencia en tanto que *Erfahrung*, sino más bien de su extenuación terminal. Hace más de sesenta años, cuando no se había iniciado la era televisoria, Walter Benjamin denunciaba ya la función que cumplía la información periodística en la negación y la confiscación política de la experiencia. El propósito del discurso periodístico es el de presentar los acontecimientos de tal modo que no lleguen a hacerse concernientes a la experiencia del lector, consumiéndose en el «tiempo fulgurante de su consumo (...). Los principios de la información periodística (novedad, brevedad, inteligibilidad y, sobre todo, la falta de toda conexión entre las noticias aisladas) contribuyen a dicho defecto tanto como la compaginación y el estilo lingüístico (...). La rígida exclusión de la información respecto al campo de la experiencia depende asimismo del hecho de que la información no entra en la «tradición»».

El antiguo relato fue sustituido en algún momento por la información, y ésta cede hoy el paso a la «sensación informativa». La sensación, el sensacionalismo, el suceso como sustituto del acontecimiento, no son efectos perversos de la información, sino cada vez

más su matriz, su principio constitutivo. El suceso no constituye una variedad espuria o anodina de la información, sino la *forma* misma en que el acontecimiento es producido por la noticia y consumido por los destinatarios del discurso informativo.

Las imágenes supuestamente informativas de la televisión no importan tanto por lo que representan, por su referencia, cuanto por su capacidad de halar la atención y de mangonear las sensaciones, la vivencia corporal y gestual (por eso son antes que nada «impactantes», «refrescantes», «escandalosas», «tiernas» o «divertidas»). En su sensacionalización, en su hacerse sensaciones visuales antes que imágenes representativas, los contenidos se tornan indiferentes. De ahí que lo político y lo deportivo, por ejemplo, se contaminen. Álvarez Cascos no dijo ni la mitad cuando consideró el fútbol sólo como un asunto de interés público.

Pero ocurre al mismo tiempo que las sensaciones, la experiencia corporal, son desactivadas de sus vínculos primarios y políticos con el deseo, con la comunidad, con el otro, con el dolor o con el dolor del otro.

La relación con las imágenes, y en particular con las imágenes de la guerra, de la muerte, del maltrato, de la herida y de la humillación, es en sí misma una relación sustraída a la trascendencia y a la capacidad de controversia de la imagen representativa. Lo real televisionario, reducido a esa mínima expresión de lo compartible que es la visualidad sensacional, se ha vuelto incontrovertible, aun siendo intolerable. Y ya no puede contextualizarse en la experiencia, en la memoria, en algún sentimiento de comunidad, por heterogénea que ésta sea. Ni siquiera las personas más viejas de Madrid podrían contextualizar la pirotecnia visual de la CNN en Yugoslavia por relación a su experiencia y su memoria del Madrid bombardeado hace seis décadas.

La televisión hace de sí misma una especie de asilo psicosocial, un manicomio blando y descentralizado. La amenaza de ese refugio es que fuera de la muerte y la descomposición televisonarias de la realidad, lo real sólo pueda despertar ya como muerte y descomposición. Lo real televisionario nos protege así de una realidad zombificada... por lo real televisionario.

En una sociedad que de puro charlatana no tiene palabra, la televisión como dispositivo manicomial difuso ha sustituido la palabra por el parloteo, absorbiendo, con ello, hasta los últimos resquicios del cotilleo y del habla sentimental del mundo privado. Ahí habita

el profesional chismoso y moralista, el delator goffmaniano que vende a su madre, real y sobre todo simbólica, en las tertulias de cotilleo. Pero además, gracias a la gramática televisitaria de las sensaciones (lo impactante, lo refrescante, lo tierno y lo risible), éstas y los sentimientos básicos pueden administrarse como productos estéticos de consumo masivo, como mercancía informativa y cultural. Cosa que ya sabían Adorno, Horkheimer y demás abuelas olvidadas.

Cosas de Bourdieu

Voy a terminar con una cita de Bordieu, mucho más serena y clarificadora que los desahogos que me he permitido hasta ahora:

«La crónica de sucesos es una especie de sucedáneo elemental, rudimentario, de la información, muy importante porque interesa a todo el mundo, a pesar de su inanidad, pero que ocupa tiempo, un tiempo que podría emplearse para decir otra cosa. Ahora bien, ocurre que el tiempo es un producto que va extremadamente escaso en la televisión. Y si se emplean unos minutos tan valiosos para decir unas cosas tan fútiles, tiene que ser porque esas cosas tan fútiles son en realidad muy importantes, en la medida en que ocultan cosas valiosas. Insisto sobre este particular porque como es bien sabido, hay un sector muy importante de la población que no lee ningún periódico, que está atado de pies y manos a la televisión como fuente única de informaciones. La televisión posee una especie de monopolio de hecho sobre la formación de las mentes de esa parte nada desdeñable de la población. Pero al privilegiar los sucesos y llenar ese tiempo tan escaso de vacuidad, de nada o casi nada, se dejan de lado las noticias pertinentes que debería conocer el ciudadano para ejercer sus derechos democráticos». Esto, añade Bourdieu, abre también una brecha social entre la minoría que se informa en los medios llamados «serios» y quienes sólo poseen el bagaje político administrado en exclusiva por la casi nula información televisiva y sus gesticulaciones.

¿Cómo contradecir los aspectos fácticos de esta denuncia? No obstante, discrepo del presupuesto de Bourdieu según el cual la prensa llamada «seria» constituiría una especie de reserva de valores democráticos. Y estoy aún menos de acuerdo con una conclusión que sin demasiada perversidad se puede derivar de su análisis, a saber, que las élites bien informadas por su acceso a los recursos,

discursos y valores de la llamada prensa seria, expresarían actitudes o desarrollarían comportamientos más democráticos. No olvidemos que los jefes de los escuadrones de la muerte denominados GAL leen y escriben en el periódico que proporciona el prototipo hispánico de la prensa de prestigio.

* * *

He hablado más de los medios, y en particular de la TV, como tortura, que de la cooperación mediática y televisiva con la impunidad de la tortura, que era el tema propuesto. La verdad es que, aunque de forma confusa, ambos se me presentan como el mismo problema. Pues creo que los dispositivos recientes de la indiferencia y el narcisismo masivo no son menos eficaces que la vieja propaganda en la preservación de la impunidad.